

Siete noches de insomnio

Elsa Osorio



LECTURA Y
MEMORIA

Presidente

Alberto Fernández

Vicepresidenta

Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Juan Luis Manzur

Ministro de Educación

Jaime Perczyk

Secretaria de Educación

Silvina Gvirtz

Jefe de Gabinete

Daniel Pico

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Alejandro Garay

Directora de Educación para los Derechos Humanos, Género y Educación Sexual Integral
María Celeste Adamoli

Coordinadora del Programa Nacional de Educación y Memoria
Cristina Gómez Giusto

Coordinadora del Plan Nacional de Lecturas
Natalia Porta López

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

Uso y reproducción de tapa original del libro, gentileza de Editorial Planeta.

"Siete noches de insomnio" en Callejón con salida, Buenos Aires, Planeta, 2009.

© Elsa Osorio



Texto publicado por el Plan Nacional
de Lectura en el marco de la colección
"Memoria en Palabras", 2012

Ministerio de Educación de la Nación

Plan nacional de lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gov.ar

República Argentina, abril de 2022

Siete noches de insomnio

Elsa Osorio

—Vaya cara tienes, cielo —le dijo Ramón esa mañana—, se te ve agotada.

—Duermo mal últimamente —le respondió Laura.

—Toma píldoras para dormir.

Pero Laura no quiere. Esas horas de insomnio y silencio las está aprovechando bien.

No fue la primera, ni la segunda noche, después que Laura reconoció a Pepón en la casa de su vecina, que se le ocurrió la idea de matarlo.

Al principio fueron sólo imágenes, un abrirse la tapa de la memoria, sin su permiso, y saltar en medio de la noche, en su cuarto de Valencia, veinti... ¿cuántos años después?, la camilla, ella desnuda y la electricidad sacudiéndola, esa voz de pájaro exaltado interrogándola, y ella: no sé, no sé, Pajarito cruzándole la cara de un bofetón: habla, basura. Laura con los ojos cerrados con fuerza en la oscuridad de su dormitorio de Valencia, como los cerró aquella noche en la celda, cuando aquellas otras manos —que aún no sabía que eran de Pepón— se metieron por abajo de su pulóver, y acari-

ciaron suavemente su espalda, la boca en su oreja: te quiero, nena. Laura flaquita y lastimada, temblando, que la quiera sí, que alguien por favor la quiera en ese infierno donde la llevaron. Las manos tibias de Pepón dándola vuelta en el catre, despacito, como si ella fuera una muñeca de porcelana que se pudiera quebrar, qué te hicieron, pobrecita, besos suaves en el cuello, en el pecho, la lengua lamiendo sus heridas, mi chiquita, linda, yo te voy a curar.

La segunda noche de insomnio pudo verlos nítidamente, a los dos, a Pepón y a Pajarito, sus tenebrosas imágenes violentando la atmósfera clara de su casa, tantos años después, porque si bien aquella noche, y probablemente la siguiente, cerró los ojos cuando Pepón entró en su celda, después ya no. Ella podría dibujar con precisión sus labios finitos, sus dientes blanquísimos, la ceja izquierda levemente alzada, los ojos negros y brillantes, y reconocer su voz entre miles de voces: te quiero, nena; como la de Pajarito: habló, pendeja de mierda, su cara feroz y el odio chorreándole como baba cuando la torturaba.

Aunque el otro día Pepón estaba de perfil, arreglando el cable de una plancha, lo reconoció de inmediato. Su vecina, Pilar, le había dicho: «El electricista es muy cachondo, no sabes lo que me ha hecho reír. Y muy eficiente, me está arreglando todo lo que anda mal en casa. ¿A que es guapo todavía? Tiene sus años, pero cuando sonrío, parece un chaval».

Pilar había abierto la puerta de la cocina de su piso para que Laura lo mirara: «Ah, pero si es de tu tierra».

Y fue verlo y saltar, como un gato negro y salvaje, a los tiempos del espanto. Arrugas profundas en su rostro, pelo gris, qué gracioso, pensó Laura, ahora es Pepón el canoso.

Diecisiete años tenía Laura cuando se le pintó de blanco el pelo. No sabe cuándo exactamente (los únicos espejos que le devolvían su imagen en el campo de detención eran los ojos enamorados de Pepón o los siempre tan odiándola de Pajarito), tampoco si ese encanecer súbito se lo produjo la electricidad sacudiendo su cuerpo en la camilla de tortura, o esa otra electricidad deseante y deseada en el catre de su celda.

Fue la tercera noche después del rencuentro, cuando las caras de Pepón y Pajarito se sucedían una a la otra en su noche de Valencia, se mezclaban, y la voz chillona: habló, basura, no lograba tapar la voz susurrada: te quiero, nena, cuando Laura se preguntó, por primera vez en ventitantos años, a quién odiaba más: si a Pepón o a Pajarito.

La respiración acompasada de Ramón la tranquilizó, estaba con él, lejos pero muy lejos de esos dos canallas, en otro país, en otra época. Ramón sonrió dormido, y ella pensó qué distintos los sueños de su marido dormido a las pesadillas de ella despierta.

Un par de veces nada más, años atrás, Laura le habló a Ramón del campo de detención, el ruido de los

grilletes en la escalera, el lugar donde los torturaban, comentarios obscenos y gritos lacerantes mezclándose con la música de la radio, la voz cascada de Pajarito, sus insultos, sus cachetadas, y esa tarde lloraron los dos hasta saciarse. No lo mencionaron más (ella se lo había pedido) pero cuando tiene miedo y se despierta gritando, o en tantos otros momentos que las heridas se abren, Ramón la abraza y Laura sabe que él se acuerda de lo que le contó de Pajarito.

De Pepón nunca le habló, ni podría hablarle, ni llorar fuerte con Ramón, para luego dejarse rodar a esa vida cálida, ese contar con el otro, y apoyarse y elegirse una y otra vez y apostar al amor. Elegirse entre todos los hombres y todas las mujeres libres del mundo. ¡Tan distinto!

Diecisiete años tenía entonces, apenas asomándose a la vida, y de pronto la esclavitud, el tormento cotidiano, tanta pero tanta locura. Ella esperaba en silencio aquellas manos tibias sobre su cuerpo lastimado, aquellas caricias que fueron creciendo poco a poco, escandidas por palabras amorosas. Hasta en eso fue cruel Pepón, no la violó, no la poseyó ni la primera, ni la segunda vez, no, la doró lentamente, le dio tiempo a su cuerpo de mujer sin estrenar, de llaga viva, a desear otro cuerpo, aquella pasión en la que se enroscaban y se desesperaban y entonces no había chupadero, ni Pajarito, ni interrogatorios, ni picana, ni traslados, sólo dos cuerpos vivos intentando abo-

lir la muerte que se cernía día a día sobre Laura y sus compañeros.

Odio más a Pepón, se respondió, sin ninguna duda, la cuarta noche, porque cuando evoca a Pajarito, sólo odia a Pajarito, y cuando evoca aquellas noches de sexo y ternura... ¡y hasta proyectos!, no solo odia a Pepón, se odia tanto pero tanto a sí misma.

Un día, cuando todo pasara —soñaba en voz alta Pepón—, ellos se irían a vivir juntos, en una casa frente al mar, donde él pediría que lo destinaran. Laura le había agregado un jardín lleno de plantas y flores, al que sujetarse cuando los gritos de sus compañeros la taladraban, y los miércoles, sobre todo los miércoles, cuando se decidía a quiénes iban a trasladar.

Laura no creía que pudiera salir nunca, cualquier miércoles sería ella quien bajara con los otros. Y nunca más. Pero a Pepón no le gustaba que se lo dijera, que no, que ella iba a salir.

Si la quería tanto, y sufría por ella, que la sacara de ahí, le pidió a Pepón. Y él, no puedo, Laurita, es imposible, nos matarían a los dos. Pero haría lo que estuviera en sus manos para que no la lastimaran más, le prometió. Y como al cabo de un tiempo, a ella casi no la sacaban para interrogarla, pensó que Pepón —aunque no se lo confesara por temor a que ella cantase— les había dicho que Laura no sabía nada, que no conocía a los montoneros por los que le preguntaban, en serio, Pepón, no tengo idea, te lo

juro. Ella formaba parte de una organización estudiantil, hacían protestas, asambleas, pero no tenían armas. Cuando la fueron a buscar a su casa, y cortaron todo el tráfico, con cuatro automóviles, y Laura vio el enorme despliegue para llevársela solo a ella, estuvo segura de que la habían confundido con otra persona. Pero nunca pudo convencerlos. Pajarito no le creyó. Pepón sí le creía, pero él no participaba en los interrogatorios, era solo un oficial de mantenimiento, por eso no podía responderle cuando Laura le preguntaba adónde iban los que trasladaban, si era cierto que los llevaban a un campo en el sur para rehabilitarlos, o los asesinaban. Y él: que no sabía, que tenía una buena relación con sus superiores, pero que tampoco se creyera que le decían todo.

Y si ahora la vida le daba la oportunidad de preguntárselo, de hacerlo pagar, ¿por qué desperdiciarla?, se preguntó la cuarta noche. Pepón está ahí, en Valencia, viviendo como uno más, ocupando un lugar en la sociedad, electricista, como Ramón arquitecto y ella médica. Repugnante.

Laura declaró ante la CONADEP en 1984, pero no nombró a Pepón. Un amigo le sugirió que se presentara como testigo en los juicios de Madrid, pero ella le dijo para qué, ya había dicho todo lo que recordaba hacía años. Y así lo creía, Pepón parecía sepultado en su memoria, hasta esa tarde en que lo vio en la cocina del piso de su amiga.

—Le presento a una paisana suya —dijo Pilar, y Laura quiso esconderse, pero tarde porque él la estaba mirando, sus dientes centelleantes explotando en su cara gastada.

—Un gusto, guapa —dijo sacándose la gorra, y haciendo una reverencia. Cascada pero la misma voz, la voz del te quiero, nena—. No me negarás, Pilar, que las argentinas son las mujeres más lindas del mundo.

Laura, clavada en el vano de la puerta, habrá hecho alguna mueca intentando una sonrisa. Y él no la reconoció, está segura. La miró pero solo para volver a Pilar: aunque tú eres la excepción, Pilar.

Laura ya no huye ante aquellas imágenes del campo de detención, las convoca deliberadamente, para darse fuerza, para encontrar el coraje y la imaginación necesarios para llevar a cabo lo que surgió la cuarta noche de insomnio y que minuto a minuto toma forma.

La quinta noche siente arder su piel tantos años después al recordar aquella madrugada, cuando Pepón entró intempestivamente en su celda. ¿Qué había pasado? Laura no le entendió. Él estaba completamente fuera de sí, temblaba, las palabras atropellándose cuando le contaba que esa noche había ido en los camiones con los trasladados y que después tuvo un accidente, dio un falso paso, casi se cae, y va a parar con ellos.

—¿Adónde?

Y él, un gesto abyecto, que Laura no le conocía: que no le preguntara nada, que lo amara, era él quien necesitaba cuidados, tranquilizarse.

Laura recuerda bien aquella madrugada, porque le costó mucho acariciarlo, su piel estaba fría y como sucia, como si la echara aunque le pidiera mimos, y era peor si se ponía a pensar de dónde casi se cayó, qué estaría haciendo, no había jardín con flores donde sostenerse, él sobre ella, tratando de hacerle el amor, pero no podía, por suerte, aquella noche él no pudo, su sexo chiquitito, arrugado, y él llorando en silencio, Pepón llorando y yéndose de su celda, avergonzado. ¿Avergonzado porque no pudo poseerla? —piensa ahora, veintitantos años más tarde—, ¿o avergonzado por lo que seguramente había hecho aquella noche?

Se lo preguntará, antes de matarlo, decide la sexta noche de insomnio. Pepón nunca quiso explicárselo, cuando Laura intentó conocer los detalles de aquel accidente, él le prohibió terminantemente que se lo recordara, y furioso, se fue de su celda. Tal vez temía, piensa Laura, que algo de lo que vivía con ella pudiera derretirle esa coraza con la que atesoraba sus sucios secretos.

Te quiero, nena, te quiero mucho. Un susurro que se alarida en su cuarto en Valencia.

Y Laura le creía, ¿lo quería? Sí, lo quería cuando él le pasaba un algodón empapado de alcohol sobre los

tobillos lastimados por los grilletes, lo quería cuando le llevaba medialunas, y hasta una tarta pascualina.

En el chupadero: la tortura y las caricias, los gritos y los susurros, el mejunje repugnante y las medialunas. Esa fue toda su opción, concluye la séptima noche después del encuentro con Pepón en Valencia.

Diecisiete años tenía entonces, pero aun así ¿cómo pudo creer que eso era amor? Cuánto se odia. Ella tiene que poder volcar todo ese odio en Pepón, y arrancar de cuajo aquellas noches infames de su memoria.

No en vano el destino ha llevado a Pepón a Valencia, entre tantos lugares en el mundo, justo el mismo donde Laura se ha refugiado, no de ellos, porque hace años que no están en el poder, sino de su propia memoria. Como si poniendo un océano de distancia, los recuerdos quedaran enterrados allá lejos.

Laura les pide a sus padres que vengan a visitarla, a ella no le gusta viajar a la Argentina, se desorganiza, no quiere estar tan lejos de sus pacientes, de sus cosas, pretexto, y ellos la comprenden sin preguntas, Ramón también. Todos ayudándola. Pero bastaron esos cinco minutos en la casa de Pilar, ver esos dientes repugnantemente blancos de Pepón, para que toda esa sólida construcción de familia y marido y profesión y amigos españoles se desmorone y ella esté ahí, a expensas de sus recuerdos.

Debe tener la posibilidad de hablar con Pepón, no quiere más ignorar y tapar para seguir viviendo, quie-

re saberlo todo: si casi se cae del avión desde donde arrojaban vivos a sus compañeros al mar, si estaba con ella para sacarle información o si en serio creía que Laura iba a salir y la casa frente al mar y los tres hijos o era una tortura más sofisticada que la de Pajarito, una manera de instalarse en Laura, de hacerla su cómplice, y seguir ensuciándola, toda la vida.

Lo que sí fue cierto es que ella salió. El mismo día en que la dejaron en el descampado, esperando las primeras luces para caminar hasta su casa, Laura supo que no vería más a Pepón, que el amor o lo que fuera que había sentido por él se evaporaba con cada paso, con el sol subiendo, y su cuerpo en libertad. Entonces huir lo antes posible de la Argentina, huir casi más que de los otros, de él, porque si acaso Pepón la iba a buscar, y les decía a sus padres lo de la casa frente al mar y los tres hijos, ella se moriría de vergüenza, lo negaría, diría que era todo un invento de él, una manera entre otras de flagelarla, que esa historia nunca había existido.

Curioso, se dice la séptima noche, que ella pudo pensar que lo de Pepón era una tortura más, sin embargo le hicieron falta veintiséis años, sí, veintiséis años y verlo, convocar esas imágenes para darse cuenta de que lo que inventó como excusa para sus padres es la más absoluta verdad. Más daño le hizo Pepón con sus manos, con sus frases amorosas, que Pajarito con su picana. Y ella lo permitió, le gustaba incluso, se acusa sin piedad.

Ahora ha sacado el tapón, y esas imágenes rancias estrechan los muros de su cuarto en Valencia: Pepón y Laura abrazados, amándose, jadeos tapando los gritos, el aire se torna irrespirable, aquel olor fétido, el olor del miedo, colándose en su cuarto de Valencia, y aquel placer que sintió entonces, este profundo dolor.

Ramón sonrío dormido. Laura se levanta rápido de su cama y sale al balcón. Pudor: no puede dar vida a esas escenas obscenas en la misma cama en la que duerme con Ramón, su amor, su compañero.

La brisa fresca y la vista al jardín del edificio la salvan, la instalan en el presente. Cierto que gozaba, cierto que creyó quererlo pero no es lo mismo, reacciona, ella tenía sólo diecisiete años y estaba en condiciones de esclavitud, él era un adulto, un total y miserable hijo de puta. Y no puede andar suelto como si nada. Ella hará justicia con sus propias manos. Está sola, lo sabe, hablar de Pepón sería hablar de ella entonces, y Ramón no la querría más.

Un accidente, un cable que ella pelará antes, Pepón trabajando en él, la palanca de la luz en la otra dirección. Pepón electrocutado. Deberá renunciar a hablarle antes.

Laura se ha encerrado en su cuarto y no quiere que Ramón le siga pidiendo que vaya a tomar una copa con ellos.

—Fue sin querer, Ramón, una distracción.

—Por supuesto, cielo, no lo vas a hacer aposta, pero no te pongas así, no llores, no pasó nada, un accidente. El tío es muy simpático y ya se le ha pasado el susto.

—No quiero que me vea.

—No va a decirte nada, Laura, ven, es lo menos que podemos hacer, beber una copa juntos. Le he invitado a cenar. Ven.

—No, no iré.

—Pero ¿por qué?, cabezota.

—Porque él me denunciará.

Ramón, que no, que no fue tu culpa, sí, yo sabía que él había cortado la luz cuando encendí la llave de paso al entrar, pero no pensaste, no sabías que, y harta, Laura: lo que no sabía es que iba a saltar el disyuntor, yo quise matarlo.

Ramón no le cree, la abraza, no te va a pasar nada, cariño, estás conmigo, estás en Valencia, vale, descansa, inventaré una excusa, pero ya lo he invitado a cenar, y no le diré que se vaya, después de lo que le hemos hecho, sin querer, pero...

—Por favor, no le hables de mí... de mi historia, no le cuentes nada.

—Por supuesto que no, Laura.

—¿Me lo prometes? Ramón sale del cuarto.

—Descansa, cielo.

¿Se va a quedar a cenar? ¿Será posible? ¿Y si le pusiera veneno en la comida? Eso le daría tiempo a hablarle. Pero no, porque está Ramón.

Se lavará la cara, irá a la cocina, Pepón no va a reconocerla. Veinte kilos y veintiséis años más. Tiene el polvo de veneno para los ratones, lo pondrá en la taza del gazpacho, y ella se la servirá, para evitar confusiones.

Pero Pepón no la toma, la está mirando fijo, ¿la habrá reconocido?

—¿De qué barrio sos?

—De Congreso.

Ramón extrañado: no le había dicho que es de... Y Laura hablando encima: el kilómetro 0, el centro de la ciudad. Mm qué bueno está el gazpacho, no tengo abuelita, me pondero yo misma.

—Buenísimo —dice Ramón.

Los ojos de Pepón escrutándola, ¿la ha reconocido?

—¿Llevas tiempo en España, Pepe? —pregunta Ramón.

—Unos cuantos años.

Pepón no prueba la sopa. Sospecha. Laura no le preguntará nada o quedará en evidencia.

—¿Y vos? —los ojos negros escarbándola, ¿la ha reconocido?

—También, unos cuantos.

—¿Viniste huyendo de la dictadura?

—No, nada que ver, vine por amor, conocí a mi marido en Perú, y nos hicimos novios.

Ramón nunca estuvo en Perú pero, siempre par, siempre cómplice, le devuelve la sonrisa.

—Perú, qué maravilla. ¿No le gusta el gazpacho, Pepe?

—No mucho, la verdad.

Y esos dientes, blanquísimos, intactos, se exhiben sin pudor a Laura, que se apresura a sacarle la taza.

—Déjamela a mí, Laura —pide Ramón.

¿No le había dicho en secreto que la llamara María? Ramón se olvidó.

Si Pepón tenía alguna duda, ya no.

—Laura, bonito nombre —su sonrisa cínica, y su repugnante voz: te quiero, nena, pero ahora es como si dijera: antes te voy a matar yo.

Y ella, huyendo, con el gazpacho envenenado.

—No te quedará hambre para saborear mi plato, amor.

Será riesgoso ponerle veneno al pollo, cómo saber qué pieza le tocará, además está sobreaviso. Laura con la bolsa de veneno en la mano, y la voz de Pepón, como un fustazo: ¿Te ayudo, Laura?

Un salto y todo en el suelo: Me asustó —no le devolverá el tuteo. Ramón por suerte ahí, él cortará el pollo, siéntate, Pepe, no te molestes. Laura tapando la bolsa de veneno con su propio cuerpo, tirándola disimuladamente a la basura. No, si me gusta ayudar. Lleve estos platos, entonces, la cara roja, la piel tirante y un temblor que no puede controlar. Después te explico, al oído de Ramón. Jugar a que no lo reconoce, se ordena. ¿Por qué va a querer matarlo si no sabe quién es?

El fútbol la deja afuera de la conversación, por suerte, ella no entiende nada de fútbol, y Pepón, el viejo Pepe, el electricista, se entusiasma con los campeonatos, y que el Real y el Atleti y el Barça. Sus dientes fosforescentes, evocando las jugadas, comiendo sin aprensión alguna.

A la hora del postre, Laura se convence de que él no la ha reconocido, que fue su paranoia la que la llevó a leer signos inexistentes.

No hay por qué preocuparse. No lo ha matado, pero tampoco la ha descubierto. Inventará algo para Ramón: que lo vio parecido a alguien, que ya sabe, el miedo, claro que no quiso matarlo, cuando tiene miedo dice cualquier cosa.

—Estamos aburriendo a tu esposa — ¿y por qué la mira así si no la reconoce?

—No, para nada. Me gusta escucharlos.

Ramón no debe entender nada excepto que ella quiere pasar lo más desapercibida posible, por eso le pide que por favor, vaya a preparar el café, mientras él le muestra a Pepe su colección de dvd.

El café sobre la mesa y Ramón que intenta salvarla: Vete a dormir, cielo, yo me quedo con Pepe; y a Pepón: Mi mujer se levanta muy temprano.

—No, yo también me voy — se pone de pie —, es tarde. Muchas gracias. Y no va a creer Laura que la reconoció sólo porque él retiene su mano unos momentos más de lo previsible y la mira así, como

buscando a Laurita flaquita y lastimada en el fondo de sus ojos. Quizás, porque Pepón suelta de pronto su mano, como si le quemara, vuelve la cara, y con paso rápido, se dirige a la puerta, la abre, sale, y él mismo la cierra. ¿La reconoció y le tiene miedo?

—Probablemente, Laura, pero si tienes dudas, date prisa en hacer la denuncia —le dirá esa noche Ramón.

Ramón, que todo lo ha comprendido, aunque Laura ha omitido partes. Se lo contará todo otro día, ahora ya es mucho, ahora solo llorar sobre su hombro, dejarse abrazar, y escucharlo.

—Mañana haces la denuncia, Laura. Y si no te animas, voy yo. ¿Conoces el apellido?

Cuando la Guardia Civil fue a detenerlo, dos días después, ya no había rastro de Pepón en su domicilio.

—Me reconoció —dice Laura a Ramón—. Debe haber huido esa misma noche.

¡Pepón huyendo de ella!, qué gusto. Lástima que se escapó. Pero aun así, un inmenso alivio, ya no quiere sepultar a Pepón en su memoria, ni matarlo. Ya no más un callejón sin salida, sino una ancha avenida en la que Laura está dando sus primeros pasos.



Elsa Osorio

Narradora y guionista. Nació en Buenos Aires, donde reside actualmente. Vivió en Madrid, y pasa largos períodos en festivales, encuentros y residencias literarias en el extranjero. Es una escritora de gran proyección internacional. *A veinte años, Luz* (1998), traducida a 24 idiomas, es considerada un clásico de la literatura latinoamericana. Escribió las novelas *Beatriz Guido*, *Mentir la verdad*, *A veinte años*; *Luz*, *Cielo de tango*, *Mika* o *La capitana* y *Doble fondo*; también los libros de cuentos: *Ritos privados*, *Reina mugre*, *Callejón con salida*; humor: *Cómo tenerlo todo*; y los ensayos: *Las malas lenguas*, *All'improvviso la realtà* (con Cristina Guarnieri).

LECTURA Y
MEMORIA

Leer es tu derecho

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, el Plan distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y a otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.

El Programa **Educación y Memoria** es una política educativa del Ministerio de Educación de la Nación que busca promover la realización de acciones concretas para la inclusión de contenidos vinculados con el ejercicio y construcción de la memoria colectiva sobre el terrorismo de Estado y la enseñanza del pasado reciente, la causa Malvinas memoria, soberanía y democracia y el Holocausto y otros genocidios del siglo XX.

En el marco de la Ley de Educación Nacional N.º 26.206 busca fortalecer la construcción de una ciudadanía democrática basada en la defensa del Estado de Derecho y la plena vigencia de los Derechos Humanos. Sus líneas de acción se orientan a la producción de materiales educativos, la formación docente, asistencias técnico-pedagógicas y el intercambio en el marco de la Red Nacional de Educación y Memoria en todas las jurisdicciones del país.